Los "Comunistas" y el comunismo anárquico

No es dudoso de dónde procede el nombre de Comunistas hoy. Procede de los bolcheviques. Estos han tomado el Manifiesto Comunista de Marx, las teorías del Estado futuro realizado según los marxistas, y el nombre de Partido Comunista, que han acreditado universalmente.

Desde un puntapié al largo rodeo de la democracia burguesa, aconsejado por el mariscalato posterior, cuando dejó de ser revolucionario para convertirse en político, se han plantado de un golpe ya en el Estado colectivista, en el sueño de sociedad futura del marxismo; impostran el Estado colectivista ya plena realidad y pleno funcionamiento, y en plena lucha, en plena batalla para asentarse.

Bien: es verdad que, realizada la expropiación de la burguesía, terminada la existencia de la democracia burguesa, en la cual se podía contener al pueblo, los marxistas quedaban abiertos solamente a las experiencias de las teorías económicas de la sociedad futura; y quien no lo pudiera comprender así, hubiera fracasado rotundamente. Esta fracción de los socialdemócratas, fué llevada hasta allí, pues, por el pueblo ruso. Y también es verdad que todo el marxismo posterior —el Partido Socialista—, se encontraba en él, se encuentra —podrido por la burguesía; incluído en la evolución política, "legalidad", nacionalidad, economías de todo género de ésta, más próximas a la contrarrevolución, que a reconocer o ensayar una experiencia colectivista allí donde las condiciones eran dadas, por la expropiación de la burguesía y el fallecimiento de la democracia burguesa, y abierta por impulso del pueblo, bajo pena de muerte o de un completo fracaso; y a admitir que tales condiciones se produjeran o llegaran a presentarse en otra parte. Esto explica el horror de los bolcheviques, conducidos por la fuerza de las circunstancias a ser oportunistas, frente a los rezagados socialistas.

Bien: el principio del marxismo que los más llamados selectos —no son María Cuadra en el citado "Manifiesto"—, los socialistas, que anhelaban transformar a los trabajadores en un movimiento mundial revolucionario, se denominaban Comunistas. Los anarquistas proudhonianos se denominaban Colectivistas, pues tales eran en realidad las teorías económicas de Proudhon. Dice pronto sobre de ver, sin embargo, que, aunque Marx no hace mención alguna de Proudhon, siguiendo su costumbre de no citar a nadie antes que él, sus teorías se aproximaban completamente a las de Proudhon, y eran exactamente calcadas del Banco cooperativo de ésta, para el funcionamiento de su Estado futuro. Es de notar que Proudhon era el más formidable cooperativista, y no era revolucionario. Con su Banco cooperativo aspiraba a absorber el capital entero de la sociedad, y distribuir por bonos representativos de las horas de trabajo el salario integral de los trabajadores; el sistema colectivista. Colectivismo, pues, como después Comunismo —al de los anarquistas—, eran expresiones de teorías económicas. Los colectivistas, incluso Proudhon y los anarquistas colectivistas, decían: "a cada cual según sus merecimientos, según su trabajo". Los comunistas anarquistas—: "a cada cual según sus necesidades". Y los socialistas fueron Colectivistas, con el agregado de ser estatistas, y los anarquistas, Comunistas, con el agregado de ser libertarios. Y fueron, como todo el mundo sabe, políticos, legalitarios unos, y los otros revolucionarios.

Ambas teorías se relegaban, en final, al Estado o la sociedad futura, cuya cosa de saber o sobre-proveer fué sobre la otra se las preguntaba, por ejemplo, en Roma; pero hubieron también ensayos allí, creando los numerosos partidos, sectas, antipartidismos, abstencionismos, etc. Y siempre políticos, revolucionarios unos, considerando un fin la conquista del Estado; antipolíticos, libertarios los otros, considerando un fin únicamente la revolución.

En Rusia se sobrepuso el Colectivismo, y hay que advertir que el caso era para las teorías extremas de cada escuela, pues el pueblo no hubiera admitido el retorno a una democracia burguesa, y se había impelido a una verdadera revolución social. Los anarquistas quedaron luchando de abajo, como en todas las otras partes donde se sobrepone el Partido Socialista, y hay que tener en cuenta que son dos fracciones: una de arriba, y otra de abajo. Pero, como decimos, los bolcheviques han tenido éxito en acreditar el nombre de Comunistas, y esto es debido a que la revolución, el movimiento de abajo, ha sido y es siempre Comunista. La vieja revolución de los proletarios es por el Comunismo. Pero los bolcheviques, esta fracción social democrata, han sabido, en lo que a ellos respecta, de un golpe ya al Estado colectivista, el sueño de sociedad futura del marxismo, y rocían a sotas alturas, bandeando el arrendajador viento burgués, no un lo mismo respecto al exterior. En fin, o sea en todos los Estados aun burgueses, considerará un fin la conquista de dichos Estados por los Comunistas, y ellos mismos han tratado de hacer esta conquista por medio de delegaciones esenciales, etc., lo cual nos precipita de un golpe a la democracia burguesa, y contra la utopía revolucionaria que aquí sostenemos los anarquistas. "El antiparlamentarismo es una puerilidad", ha proclamado Lenin para norma de los Comunistas occidentales. Aquí no precisamos la revolución; precisamos la conquista del Estado. Y así, en el "Bulletin Communiste" de Francia, al tratar del movimiento de Italia, se hacen esfuerzos por rebajar el valor de este movimiento ante los trabajadores franceses, calificándolo de "utopía sindicalista de los anarquistas", y se afirma que más valor tiene la presencia de diputados Comunistas en el Parlamento, que las ametralladoras fabricadas por los trabajadores italianos para defenderse en las fábricas ocupadas por ellos. En Serbia, se sacan de una sentada 58 diputados Comunistas. En Italia son 156 (con los reformistas) y 3000 comunas. No sabemos cuántos hay en Francia, a pesar de haber protestado los socialistas para que se les negara en el Parlamento admisión. Y aquí: aquí el Partido Comunista es impotente, pero siendo potente, ya los tendrá también. Y ¿qué más? ¿No querían convencer a los anarquistas que realizaran también esta conquista del Estado, los Comunistas Ricard y Santillán, partidarios de la creación de un Partido Comunista? Es decir que no es ni siquiera posible dejarse sorprender ya: este Comunismo no es el Comunismo Anarquista—nuestro Comunismo,—y no es revolucionario...

Nuestro Comunismo Anarquista, compadecido es por él con una misericordiosa sonrisa, como nuestra "puerilidad" antiparlamentaria y revolucionaria. Debemos destacarnos de toda parentela siquiera con este Comunismo y proseguir nuestra propaganda revolucionaria. ¡Pueriles Comunistas Libertarios somos, antiparlamentarios y revolucionarios!

LA IDEA Y EL AMOR

Hay dos cosas bien intempestivas, que no hacen su aparición sino para quebrar el poder de las más asentadas instituciones sociales. Son la idea y el amor.

Guardianes de Sinaí. Ambas inculcan la rebelión, y están por encima del respeto de las convenciones de más antiguo y más universalmente establecidas. No hay poder capaz contra ellas.

Por lo tanto, tranquilidad. No sabría nada en qué sitio ni en qué momento puede hacer su aparición una de las dos cosas. Todo el resultado obtenido os obliga a vivir en una vigilante incertidumbre. Vuestros mismos actos están en vuestros enemigos, en vuestros explotados y esclavos, en vuestros hijos, y hasta en vuestros amigos y asociados.

Los conocéis, pero de común y ordinario. No los conocéis transformados por la idea o el amor. Entonces: ¡adios vuestra influencia! Estarán bajo una influencia absolutamente extraña, y que no tiene en cuenta para nada ni la opinión pública ni vuestras razones. ¡Allá va todo eso, en tin-caco, al rincón en que estáis vosotros! ¡Allá va eso como bolas de hierro en los pies; allá va como la jaula abierta o el grillete roto! El pájaro se ha ido, o la colmena cautiva, ha relado.

Con idéntico golpe llaman la idea y el amor. Y un ser que nunca se ha movido, que ha sido honda y convencionalmente educado, salta repentinamente de la cama, oyendo el llamado, y no vacila en romperlo todo, en traicionarlo todo. ¡Débil y triste poder el de la educación, y el del ejemplo de la vida circundante, vida de asiento y en contra del idealismo!

Idea y amor; los sabios dirán que son una enfermedad; pero son sin duda un árbol de idealismo, que para algunos tiene la facultad de retoñar, y para otros no. Y cuando retoña extemporáneamente en un viejo, en una mujer con obligaciones, o en quien ha alcanzado ya el éxito de su carrera en la sociedad de asiento —en un príncipe para la Anarquía como Kropotkin, en un político triunfante como Bovio, o en un rico burgués como Caffiero—, entonces es más precioso, porque se demuestra que el árbol del idealismo no puede considerarse extinguido nunca, aunque se le sepulte entre cascotes. Que quién sabe en quién y cuándo puede todavía retoñar, en los más viejos, en los más ricos, en los más prósperos o poderosos, o en las mujeres más relegadas, con más obligaciones, en las que no parecen ya ser mujeres...

Es una idea del pueblo la de que cualquiera puede enloquecer o asentar la cabeza, y en cualquier tiempo, sin regla ninguna o ninguna seguridad.

Pasemos...

Idea y amor son enemigas del orden y la tranquilidad; son enemigas de las instituciones, del Estado y la familia; son enemigas de la autoridad, la moral y la propiedad. Realizan la desobediencia, el deshonor; son anárquicas, y hundirían en el libertinaje y el oprobio, a la sociedad de asiento, garmoña y regularizada.

Esto se dice de esas cabezas locas, que están bajo su influencia.

La sociedad, muy lógicamente, se ha formado así. Todo apoderador ha sido un fundador. Y todos los apoderadores juntos, llegados a establecer una convención entre ellos que rigiera su derecho, no han temido más conflicto que con la idea o el amor. Y se han dedicado a atrancar contra ellas, bien a las mujeres de su familia, o bien a la multitud que oprimían o explotaban. Patalcando, levantaron gran espuma, y crearon la moral de ser como ellos decían. No se ha hablado más que mal del contenido recidivo de ellas. Y unidas para el convencimiento todas las voces autorizadas, se habló exclusivamente bien de Estado, familia, propiedad; de las clases de nobleza, y las clases de riqueza. Todo lo demás, estúpido... Los imperativos de honor fueron opuestos a la idea y el amor. Ambas cosas fueron prescriptas de la sociedad y la república.

Pero, si han quedado afuera, no son tan exhibidas menos. Y resultan el señuelo de cabecitas soñadoras que enloquecer, lo mismo en la multitud que en las mujeres de nuestra familia. ¡Están siempre, y he ahí que no estamos seguros! La mujer brahmán, la mujer noble, la mujer de Francia, la mujer rica y hasta la mujer casada, desmienten su casta, su sangre, su Estado, su dinero, su familia —todo esto en que la hemos querido sostener con imperativos tan severos—, y acude al llamado de amor del sudra, del plebeyo, del siervo, del pobrete o de un hombre que no es su marido. Y las ideas saltan ignorantes por sobre todo, como locuelas ardillas, ignorantes de la razón de las fundaciones y las cavilaciones comunidas, y no manifiestan ningún respeto por lo que ha costado una elaboración milenaria, o se levanta en piedra como un palacio muy sólido y muy antiguo.

Inexperiencia llamamos a ambas locuras. ¿Pues no nos dispensamos a nosotros mismos el apelativo de "experiencia personificada"? Con todo, grandes disburros nos hacen la idea y el amor, y ellos nos derriban, a medida que los levantamos, todos los imperativos categóricos.

Dicen siempre, con voz de la vida: ni Estado, ni familia, ni propiedad, ni privilegios; ni amores, ni raza, ni clase, ni casta; ni ley, ni regla, ni código, ni respetos; ni edad, ni condición, ni obligación.

Desnudan al hombre y la mujer de todo. Hacen caer del hombro de la multitud todos nuestros arreos. Queda el humano en su estado natural y escuchando con toda atención al humano que no deben escuchar. Se van las multitudes tras los talones de los idealistas, siguiendo su surco y olvidando y renegando del nuestro, y todas van locadas de un mismo sueño o idea. Se van nuestras mujeres, nuestros hijos, las jóvenes y aun las viejas, detrás de quien ha hecho sonar en ellas una cuerda de amor ignorado. Se las lleva un platillazo sin pelotón, y ellas van dormidas como brazada de flores colgando de sus hombros... Se van todos, escapan de nuestra influencia, de nuestro dominio, de nuestra tiranía; y nosotros los contemplamos irse con la mano apoyada en el cerrojo del calabozo vacío, musitando la antigüedad de nuestras fundaciones.

¡Locos! Y la idea y el amor: ¡ladrones!...

Se alcanza a cohibirlos, no a destruirlos; a presentarlos como el hombre de la falta y la vergüenza...

¿Quién es el que se queja así de que lo ha robado o le hace una trastada la vida?

Es uno que defendía el privilegio, el Estado, la familia, la propiedad, el orden estatuído; la ley, el honor y la moral. Un tonto de alambrador que pretendía con todas estas cosas trazar un cerco alrededor de cada persona; cortarla de la idea y del amor; vestirla de encerado como a perros hermanos para que se desconocieran y se mordieran; alejar, enajenar, poner ríos, montes y fronteras por medio. Encajar, encajonar... Y luego, reinar, tranquila e indefinidamente, en su aislado solar. Trasquilar los suyos, y que el vecino trasquilara los suyos también, en una santa paz y en un orden honroso establecido para siempre.

Amén.

T. Antilli.

POR LA AGRUPACION

¿QUE HACE USTED, COMPAÑERO?

Si hay voluntad hasta para una comparsa de carnaval —y esto tantas veces lo hemos contemplado—, ¿qué hace usted, compañero?

Usted debe tener voluntad para formar una agrupación comunista libertaria, allí donde se encuentre.

¿Que le hace falta? La energía de una fuerza joven, como para las carnavalescas.

Estas logran reglear la unión de varios. Ensayan varios meses, aprenden lo que no saben, se pagan la luz, el local y el maestro, y se compran la ropa. Todo para el mamarracho de unos días, y para quedar atrás en este mismo mamarracho, avantajados por otros que también hicieron lo mismo y mejor.

¿Es una cosa supremamente tonta, verdad, de enharinados estúpidos? Pero no nos negará que una comparsa es una existencia, como también debe serlo una agrupación comunista libertaria.

En la localidad que esté usted, con otros amigos y simpatizantes: ¿qué es lo que existe; la agrupación anarquista o la comparsa carnavalesca? Entonces no se queje de la supremacía o la gran importancia del carnaval — como de las otras cosas—, si sólo existe la comparsa carnavalesca.

No se detenga a criticar estérilmente: cree la agrupación comunista libertaria, que en esto está el trabajo que hay que hacer. Entonces tendrá fuerza, pala y piqueta y podrá ambicionar transformarlo todo. ¿Qué espera? Si el mundo es malo, tonto o estúpido, ahí está usted para hacerlo mejor. ¿No le parece así a usted; no les parece a los demás simpatizantes y amigos? Entonces, a la obra! Con la energía de una fuerza joven, todo puede obtenerse.

(Se pide reproducción en la prensa libertaria.)

El verdadero peligro

Acusado el primer ministro inglés, Lloyd George, por la burguesía inglesa, de contemporización con los extremistas ingleses y rusos de la Tercera Internacional, hizo estas declaraciones en una conferencia de financistas: "Se me acusa de que no soy enérgico para sofocar los movimientos que perturban el país, sin comprender que la mejor manera de evitar el contagio del maximalismo, está en no dejar que los obreros queden totalmente derrotados y arrastrándose por el suelo como culebras, para que asuman la venganza en cualquier oportunidad." Después de otras consideraciones, se refiere al peligro de la revolución rusa, "la cual, dice, debemos evitar caiga en poder de la anarquía, que es el verdadero peligro".

Estas manifestaciones — que merecen ser tenidas en cuenta por los que creen que el espantajo leninista continúa siendo el temor de la burguesía mundial — fueron hechas por el sagaz político, al inaugurar el gobierno maximalista su tortuosa política de pacificación interna y externa con el propósito, según él, de romper el círculo de hierro formado por los gobiernos de occidente, los cuales no desecharon la oportunidad que les brindaban los gobernantes rusos, de esgrimir el arma que mataría a la revolución en sus comienzos, de donde no parece haber salido en la actualidad... Esa arma no era otra que el reconocimiento del gobierno maximalista, como bien lo hizo notar Malatesta a los socialistas italianos, cuando éstos pedían a gritos que Giolitti reconociera al nuevo Estado ruso. Y decía Malatesta:

"Los socialistas parlamentarios están enseñando a la burguesía europea, los mejores medios para sofocar la revolución rusa, la cual no ha recurrido a ellos porque está dominada por la bruta y ciega casta militarista. Nosotros, que no somos partidarios del gobierno maximalista ni de ninguna clase de gobierno, decimos que la mejor manera de ayudar al pueblo ruso, es desencadenando la revolución en los países europeos." Y transcribía de Trotsky lo siguiente: "La revolución rusa está íntimamente ligada a la revolución europea; la vida de la revolución rusa, depende de la revolución europea".

Hoy se cumplen aquellas predicciones de Malatesta y también de Lloyd George... La Rusia "libre" está siendo víctima de una tiranía más férrea que en tiempo de los Romanoff y la revolución está siendo ahogada. Así lo exigen los fines de Lenin y secuaces, que son los verdaderos dictadores y no los proletarios, que son las verdaderas víctimas.

Inglaterra ha triunfado en la lucha sostenida con la testaruda Francia, que al fin reconocerá las razones de los habilidosos gobiernos, inglés e italiano.

El convenio ruso-inglés ha sido pactado. En este pacto se compromete Inglaterra a no intervenir en el territorio

Páginas de socialistas "Utopistas"

Maestro Santiago y su Propietario

—Santiago, mi viejo hortelano, tu contrato termina para el día de San Martín, y vengo a prevenirte que no te la renovaré, si no me pagas 1200 francos de arrendamiento, en lugar de 1000.

—Pero, señor! ¿Es que vuestro terreno tiene una pulgada más hoy que ayer?

—No, sin duda.

—¿Es que ignoráis que, con el trabajo más excesivo, estoy cada año en déficit, y no puedo llegar a alimentarme yo y mi familia?

—Lo sé; ¿pero qué queréis tú?

—Yo quisiera vivir trabajando.

—Cuidado, Santiago Benhombre, esa es la divisa de los insurgentes lioneses; ¿es Socialismo eso?

—Quizá; pero al menos es la justicia. ¿Es que es preciso renunciar a la verdad, a la justicia, a la humanidad, porque se les haya dado el nombre de Socialismo?

—Yo no digo eso. Pero, mira tú, gracias a tu inteligente cultivo, el valor de mi quinta ha aumentado considerablemente después de nuestra última contrata; por consiguiente, el arrendamiento debe aumentar en proporción.

—Es decir que es preciso que os pague la pena que me he tomado de mejorar vuestro terreno, mientras que en buena justicia debíais pagarme vos el tiempo y el dinero que he prodigado para hacerlo, más fecundo. Y cuando os haya pagado ese producto, que es mi obra y no la vuestra, aun será preciso que vos quedéis el solo propietario, reasumiendo, al final de mi contrata, vuestra tierra con el mayor valor que yo le haya dado. Es como si exigiérais del carrocero de enfrente, el precio de todos los vehículos que construye, y al final del año le tomaráis todos esos vehículos mismos. ¿Es que encontráis esto justo?

—Tu vuelves terriblemente razonador, maestro Santiago. Pero piensa que se aumentan mis impuestos, y que es preciso, para salvarlos, que yo aumente mis arrendamientos.

—Es decir que es preciso que yo pague vuestros impuestos al mismo tiempo que los míos, y que es una indigna superchería incumbir los propietarios y los ricos como sometidos al impuesto, puesto que en definitiva ellos no son sino encargados de cobranzas del trabajador para volcarlos en las cajas del Estado. En el fondo, sabemos la razón exacta, no habría jamás sino aquel que produce, es decir el pobre, que paga los contribuciones del rico, que hacen subir los beneficios de pie del otro gravados legalmente que como saber salvado la inmunidad porque el impuesto de la sal o las bebidas se denominarán en adelante impuestos suntuarios, y el impuesto proporcional impuesto progresivo. ¿Es que no es siempre que nosotros los trabajadores, pagamos todo! Dar una moneda de diez sueldos con la mano derecha en lugar de darla con la mano izquierda: ¡gran adelanto, en verdad!

—En el hecho, si tú no quieres pagarme doscientos francos más, encontraré otros.

—Es decir, que es importa poco saber si de cosa es justa, pero si si encontrárla alguno más necesado que yo por la necesidad de trabajar. Me parece que eso se llama especular sobre el hambre y la miseria de sus semejantes.

—Te vuelves muy impertinente, maestro Santiago.

—No soy sino verdadero. ¿Es culpa mía si esta verdad la encontráis un reproche sangriento?

—¡Ah! Ya sabía que te habías vuelto un partidario, un socialista, uno de esos hombres sin fe ni ley que quieren robar los bienes de los otros.

—Pero véis muy bien, al contrario, que no invoco sino la ley de justicia y humanidad que prohibe a todos, a vos, como a mí, apropiarse el fruto del trabajo de los otros.

C. P. Chevé.

Traducido del periódico "Le Peuple", de 4 de Junio de 1849.